

ECOS PORFIRIANOS



Al acercarse las elecciones de julio próximo, las bandas del país proclaman con insistencia: "¡PRI: 55 años de paz social!". El transeúnte sin memoria histórica puede pensar que la frase no sólo es verdadera —que lo ha sido hasta ahora— sino original. Lo cierto es que recuerda un viejo tema porfiriano. La paz fue, junto al orden y el progreso, el mayor timbre de orgullo del Porfiriato. Por desgracia, el paso de los años no lo rejuveneció. Al despuntar el siglo XX, hasta los más cercanos colaboradores del régimen comprendieron que la paz sin democracia podía ser tan mortal como don Porfirio. "La paz —dijo Francisco Bulnes en 1903— está en las calles, en los casinos, en los teatros, en los templos, en los caminos públicos, en la diplomacia, pero no existe ya en las conciencias".

No sólo en nuestra paz, orden y progreso hay ecos porfirianos. También en otros rasgos del sistema político, como la centralización, la servidumbre de los poderes Legislativos y Judicial al Ejecutivo, o la doma de los intelectuales. Al final de su vida, Vasconcelos sostenía que México vive un "porfirismo colectivo". No mentía: exageraba. La estructura del sistema y sus elementos democráticos —no reelección, movilidad política, libertad de expresión, entre otros— lo distinguen de aquella larga dictadura. Y sin embargo, la analogía se ha vuelto persistente. Ya en los años cuarenta, Cosío Villegas hablaba del ostentoso neoporfirismo del nuevo proyecto nacional, aunque en su caso la analogía tenía motivaciones críticas. Nuestros ecos porfirianos son más premonitores: como en 1908, muchos sentimos que México está llegando al fin de una etapa. ¿Hay alguna lección para nosotros en la historia de aquel año?

A principios de 1908 apareció la famosa entrevista Díaz-Creelman, en la que Díaz habló públicamente sobre el fin de su mandato —fin en su múltiple sentido: periodo cumplido, vejez, propósito, destino. El contenido de la entrevista sorprendió a la opinión pública de entonces y ha intrigado a varias generaciones de historiadores. Don Porfirio, preocupado siempre de que alguien le "alborotara la caballada", no sólo la alborotó con sus declaraciones a Creelman: la liberó. Para algunos fue un acto supremo de hipocresía y perfidia; para otros, un tiro por la culata; unos más ven a los yanquis torciendo el brazo del dictador, y no falta quien la interprete como una simple y costosa tontería.

En términos psicológicos cabe una conjetura distinta. Don Porfirio sintió siempre, por encima de su hombro, la mirada escrutadora de la legitimidad democrática. Había recibido el poder "de manos de un ejército victorioso", pero de inmediato había convocado a elecciones. Una vez electo,

su gobierno había abierto un paréntesis de paz, orden y progreso, pero siempre con el propósito teórico de cerrarlo en la democracia: "La nación —confesó a Creelman— se ha desarrollado y llama a la libertad".

La entrevista fue una múltiple variación sobre el tema de la legitimidad democrática. Porfirio Díaz no había podido esquivarla. Por excesivo que parezca, ante sí mismo había sido el garante, el depositario de la democracia, el patriarca que "guiando y restringiendo las tendencias populares", había confiado en "desarrollar elementos de estabilidad y unidad en un pueblo naturalmente inteligente y sensible". Su gobierno no había sido un "durante" ni un "al cabo" sino un "mientras".

En la entrevista es él mismo quien coloca su política a la defensiva:

Es una equivocación suponer que el futuro de la democracia en México haya peligrado por la permanencia en funciones de un presidente durante un largo periodo de tiempo... Hemos conservado la forma democrática y republicana de gobierno. Hemos preservado la teoría conservándola intacta.

Es él mismo quien se coloca, en lo personal, a la defensiva:

Puedo decir, con toda sinceridad, que el ejercicio del poder no ha corrompido mis ideales políticos, y creo que la democracia es el único principio de gobierno justo y verdadero, aunque en la práctica sólo sea posible para los pueblos desarrollados.

Es cuidadoso "aunque" no le funciona. A los 78 años de edad, después de 32 años casi ininterrumpidos en el poder, la mirada sobre el hombro lo obliga a definirse, a proyectar hacia afuera su ambigüedad interna:

He esperado pacientemente el día en que el pueblo de la República Mexicana estuviera preparado para escoger y cambiar sus gobernantes en cada elección sin peligro de revoluciones armadas y sin daño para el crédito y el progreso nacionales.

¡Creo que ese día ha llegado ya!

Cualesquiera que sean las opiniones de mis amigos y partidarios, me retiraré del poder al terminar el actual periodo de gobierno, y no serviré de nuevo.

Daré la bienvenida a un partido de oposición en la República Mexicana. Si aparece lo verá como un bien, no como un mal.

Es suficiente para mí haber visto a México levantarse entre las naciones útiles y pacíficas. No tengo el menor deseo de continuar en la presidencia; esta nación está al fin lista para la vida de la libertad.

Aunque es imposible saber hasta qué punto creía en sus propias palabras, lo notabe es que Díaz concedía en público la imposibilidad de justificar, frente a sí mismo, su permanencia en el poder más que como una serie de casos de excepción. La entrevista no prueba la sinceridad de Díaz, pero sí la fuerza moral y política de las ideas democráticas. Fue la legitimidad democrática —antes que la edad— lo que llamó a cuentas a Díaz y, en cierta medida, lo doblegó. Aquella ambigüedad exteriorizada —debo irme, dizque quiero irme, me quedo— atizó la Revolución, no la provocó: con entrevista o sin ella el reloj democrático hubiese seguido su marcha. De haber cumplido sus palabras, Porfirio Díaz tendría ahora más calles y estatuas que Benito Juárez.

La mayor lección de 1908 no está en lo que debe o no debe admitir en público nuestro "porfiriismo colectivo", sino en ponderar la importancia política y moral de la legitimidad democrática. Oscilando, como en el Porfiriato, entre dos legitimidades distintas —la carismática de los tlatoanis, virreyes, caudillos, cristalizada en la figura presidencial, y la tradicional, heredada del estado patrimonial colonial fortalecido en la Constitución de 1917—, el México moderno ha descansado sólo formalmente en la legitimidad democrática, ha pospuesto una y otra vez el peso hacia una vida pública realmente abierta, plural y crítica. No podrá seguir haciéndolo por mucho tiempo más. Por una parte, el agravio histórico infligido a la nación por los tres últimos presidentes ha erosionado gravemente el aura presidencial.

Por la otra, las fuentes de legitimidad tradicional sufren el embate de dos desprestigios: el de la ineficacia y el de la vejez. Conforme el siglo XX avanza hacia su fin, asiste a la quiebra del Estado, no sólo por los extremos opresivos que ha alcanzado en nuestro tiempo, sino como proveedor de bienestar material y social. En cuanto a la vejez, basta oír los discursos o leer las bardas del PRI. La Revolución fue un hecho fundamental en la historia mexicana pero es ya un hecho lejano. Tenemos que aprender a pensar por fuera de ella.

A partir de 1968, hay que admitirlo, México ha padecido un deterioro de la legitimidad política. Aunque el régimen de De la Madrid está lejos del despotismo de Díaz Ordaz, la demagogia echeverrista o la frívola irresponsabilidad de López Portillo, su seco estoicismo no ha podido revertir los rasgos más graves de la situación actual: la inmovilidad y el desánimo. Como el cometa Halley, que pasó en 1910 y pasará en 1986, así la Providencia —siempre generosa y desdeñada— vuelve a regalarnos, como al fin del Porfiriato, una oportunidad, quizá terminal, de madurez, responsabilidad y esperanza: la entrada a la plena legitimidad democrática. El gobierno tiene una sola forma de aprovechar esa oportunidad: cuidando la transparencia de las próximas elecciones en todos sus niveles, admitiendo, sin la ambigüedad que perdió a Porfirio Díaz, que "esta nación está al fin lista para la vida de la libertad". □

